

vacío de lo que el mundo llama bienes, cuando mejor se conoce es cuando se ha traspuesto el mediodía de la existencia y se vislumbra ya el crepúsculo de la tarde. En cambio, cuando todo sonríe en torno nuestro; cuando viven todavía padres á quienes ofrecer las primicias de la inteligencia, y condiscípulos en quienes no sea ilícito promover esa emulación que fomenta los adelantos en el estudio, el placer que se experimenta no está mezclado con amargura, y se disfruta, como nunca se volverá á gozar, la recompensa del trabajo y de la perseverancia. Para los cinco ejercicios olímpicos de los antiguos griegos hubo un cantor como Pindaro, al cabo panegirista de la fuerza material; para los certámenes de la inteligencia en las Universidades y Liceos no hay autores de odas, sino *suelos de gacetillas*.

Apología de Talleyrand.

Ya que ha existido un Ledo del Pozo, con precursores é imitadores, que ha defendido á Don Pedro el Cruel, haciendo la apología del león, no vemos por qué nosotros, haciendo la de Talleyrand, es decir, la de la zorra, nos abstengamos de dar lecciones de política, tomándolas de la conducta de tantos modernos personajes como pueden servirnos de rosa de los vientos, según lo que se acercan ó se alejan á determinadas instituciones. ¿Qué hizo Talleyrand que no hagan éstos en más reducido teatro? El Rey A y el Rey B, según las ocasiones, pueden conducirles igualmente á despejar la incógnita de sus deseos; tienen para sí un criterio y otro para los que forman su partido, y á nosotros los profanos sirvennos mucho para saber de dónde sopla el viento que promete mejor cosecha. ¿Y hay mejor papel para los electores que el que les corresponde contemplando dónde *puede valer más* el voto que la ley les concede? ¿Hay más decoroso papel para los escritores públicos que el que les atribuyen sus *inspiradores*, indicándoles cómo pueden ser más fructuosos sus artículos? No censuréis á los políticos brújulas, porque sin ellos fácil cosa es perderse en cualquier mar, y sobre todo en el de la política. Si no servís para guarismos, servid para ceros, que aunque esteis huecos y nada seáis, con vosotros se hará número. Seguid las banderas de aquellos, izad ya la de las horas de tranquilidad en mar serena y bajo cielo azul, ya la de peligro en el momento de la borrasca, y no lleveis jamás una sola, porque en tales circunstancias seriais perdidos. ¿Hay más que encerrarse en un barco de madera, cuando hoy se trata de navegar en los acorazados, y desdeñar la seguridad que presta el vapor, ateniéndose á los caprichos del viento y de la vela? ¡Feliz Talleyrand que, sin dejar de tener maestros en otros, inauguraste en nuestro siglo esta nueva táctica y fuiste de conserva con revolución y reacción, Césares y Brutos, democracia y monarquía! La ingratitude de tus sucesores no piensa en erigirte una estatua; pero no te olvida: el perfecto político te copia en sí mismo y te consagra mejores simulacros; *spirantia mollinis ara*. Si no te has cansado de mudar de atmósfera, ven á nuestro país y verás cuántos discípulos siguen tus huellas; bendecirás á los que no entienden de partidos, aquellos para los que están reservados los grandes naufragios y las *calmas chichas*; pobres abejas obreras que jamás pueden salir de los reducidos exágonos de sus panales, y aún en ellos labran para otros la miel y la cera. No, es preciso construir muchos en colmenas diferentes; analizar diversas flores; no encerrarse, por grande que sea, en ningún jardín; libar la miel donde quiera que se produzca. ¡Oh, Talleyrand! Obispo, seglar, monárquico, imperialista, republicano, espectro solar de la política, no faltes de entre nosotros, porque si faltases, ó no nos hubieses legado tu espíritu, ¿qué sería de los pobres hombres y de los pobres pueblos que de otra suerte entendiesen la consecuencia de las ideas y la fijeza de los dogmas? No, seamos como todo Profeta que intente ser creído y fandar califato; tengamos casa en la Meca y casa en Medina.

Bien pudiéramos decir de éste como Juvenal de uno de sus personajes:

Grande et conspicuum, nostro quoque tempore monstrum.

El Mensaje del Presidente Campero.

Acabamos de leer el que al deponer las insignias de su magistratura pronunció en Sucre el Presidente de Bolivia. Comienza lamentándose de que en el extranjero ni aún muchos autores de geografía conocen

el nombre de aquella capital; da cuenta del estado del país y no disimula al Congreso que la patria está en una gran crisis y no há mucho convertida en una verdadera Babel. El Sr. Campero habló con la mayor franqueza y sensatez, y de él puede decirse lo que de aquel cónsul vencido en Cannas dijeron los romanos: «Hay que darle gracias por no haber desesperado de la salud de la patria.»

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA C. R.

En el manso murmullo de la fuente,
en el tierno cantar del ruiseñor,
en el bosque, en el cielo, en todas partes
tu imagen veo
y oigo tu voz.

Cuando cierra mis párpados el sueño,
dando una corta tregua á mi dolor,
entre visiones que á la mente asaltan
tu imagen veo
y oigo tu voz.

Y es que por siempre ya perdí la calma;
que es inmenso el amor que por tí siento;
es... que llevo tu imagen en el alma;
es... que lleva tu voz mi pensamiento.

JOAQUIN E. ROMERO.

LA BATRACOMIOMAQUIA

Varias veces, en los ratos de pasatiempo dedicados á amenas lecturas, llamó nuestra atención la *nota* que el *colector* de las obras contenidas en el tomo III de los poetas líricos del siglo XVIII, correspondiente al LVII de la «Biblioteca Rivadeneira de Autores españoles,» puso al pié de la estimable versión directa, hecha á conciencia por el Dr. Marcos, del bellissimo trozo de poesía griega, página 710, que lleva aquel nombre; y sin embargo, siempre hemos doblado la hoja, faltos de ánimo para ocuparnos del asunto.

Pero como las cuestiones de crítica literaria gozan del privilegio insigne de no prescribir jamás, y hoy al leer de nuevo la *nota* nos encontremos mejor dispuestos, vamos á consagrar breves reflexiones á este tema.

Dice el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe (*que no mide menor talla el colector*), y copiaremos textualmente sus palabras para que puedan apreciarse con el debido miramiento: «El traductor, como se ve por sus autógrafos, seguía la *vulgar creencia* de que *La Batracomiomaquia* es obra de Homero. Es una linda, rápida y chistosa parodia de la *Iliada*, y nadie imagina hoy que pudiese asaltar al poeta soberano la extraña tentación de burlarse de su inmortal epopeya. La tradición helénica atribuye la composición de *La Batracomiomaquia* á Pigres, príncipe de Caria, el cual vivió en tiempo de Jerges, esto es, unos seis siglos después de Homero.»

Iremos por partes. Tres declaraciones *ex-cathedra* se desprenden de la *nota* del eminente académico, que tantos lauros supo conquistarse como crítico inclinado á la negación y al exterminio de textos heterodoxos.

Primera: que *es creencia vulgar* atribuir á Homero *La Batracomiomaquia*. Segunda: que dicha composición es una parodia de los héroes de la *Iliada*. Tercera: que Pigres es el autor de la contienda entre los ratones y las ranas.

Duélenos que el voraz apetito del mercantilismo bibliográfico obligue en muchas ocasiones á caminar con demasiada ligereza, y á no someter á maduro exámen puntos históricos y literarios que lo requirieren en muy alto grado.

Al mismo Dr. Marcos, consumado helenista y filósofo, asustaría, si levantase la cabeza, el arrojado con que en nuestros días se rompe por entre la densa bruma de los siglos hasta penetrar en las edades de la fábula, para dejarnos con un palmo de boca abierta descubriéndonos verdades que ignoraron en su desgracia las generaciones precedentes, incluso los benedictinos; de igual suerte que se

echan por tierra los fallos de la historia patria y se redarguyen de apócrifos, códices y pergaminos que desde el origen venían en quieta y pacífica posesión de su autenticidad.

No fué sólo el Dr. Marcos, y entramos en materia, impugnando por su orden las tres conclusiones antedichas, quien nos presenta á Homero como padre legítimo de *La Batracomiomaquia*; harto lo sabe el ilustrado Sr. Fernandez Guerra. Los grandes poetas castellanos y latinos que calaron más ó menos el asunto, abundan en la misma opinión.

El licenciado Tomé de Burguillos, para escribir su incomparable *Gatomaquia*, ménos leída y apreciada de lo que merece, acaso se inspirara en *La Batracomiomaquia* que, á nuestro humilde entender, quedó por debajo de la primera en ciertos conceptos; como Villaviciosa ideó su *Mosquéea* recordando seguramente el *Mosquito*, CULEX, de Virgilio.

Pues bien: Tomé se expresa así en la *Silva V* de su graciosísimo y ejemplar poema:

.....
.....
Y tanta filosófica fatiga
Diócles puso en alabar el *nabo*,
materia apenas para un vil esclavo;
el *rábano* Marcion, Fancias la *ortiga*,
y la *pulga* don Diego de Mendoza,
que tanta fama justamente goza.
Y si el divino HOMERO
cantó con plectro á nadie lisonjeró
La Batracomiomaquia,
¿por qué no cantaré la *Gatomaquia*?

Tenemos á la mano una edición clásica latina de las obras completas de Homero, con el texto griego al lado, y en ella se incluye, como moneda corriente y artículo de fe, *La Batracomiomaquia*: PATAWI MDCCLXXVII.

Entendemos, pues, que el respetable *colector* en este punto concreto no ha mirado bastante lo que estampó, mostrándose un tanto duro al tachar de *creyentes vulgares* nada ménos que á Lope de Vega, Berglerio, Marcos y al propio escritor que colocó por cabeza de las obras del virtuoso y docto cura párroco del Viso unos ligeros apuntes biográficos.

Pensando piadosamente, debe suponerse que aquellos preclaros varones, ántes de abordar sus respectivas obras y de afirmar lo que afirmaron, no dejarían de consagrar muchas horas de estudio y de investigación á este punto, comprobando las analogías y las relaciones espirituales de Homero con su *Batracomiomaquia*, y rastreando cuantos indicios les hayan suministrado la tradición y las crónicas de todos los tiempos, singularmente Berglerio y Marcos, que se impusieron la ardua tarea de traducir fielmente al latín y al castellano del griego la *Batracomiomaquia*, sin arredrarse por las dificultades casi insuperables que ofrece la lengua y los giros, las locuciones y las metáforas de Homero.

Tampoco nos hallamos conformes, aunque esta no sea opinión sólo del Sr. Fernandez Guerra, con que la *Batracomiomaquia* envuelva una parodia de la *Iliada*.

Homero escribió su inmortal epopeya cuatro siglos después del sitio y ocupación de Troya por los griegos, y no es racional, probable, ni siquiera verosímil, que el divino poeta se propusiese, en efecto, ridiculizar la memoria de los héroes de uno y otro bando, incluso sus ascendientes, porque este trabajo á ningún fin moral ni objeto positivo podía obedecer. Tal género de composiciones, el estilo festivo, epigramático y burlesco es bien recibido y celebrado cuando tiende á parodiar las costumbres y los sentimientos, á poner de relieve las virtudes y los vicios de la humana naturaleza tomándolos del vivo, aunque la acción aparezca desenvuelta bajo el disfraz de seres irracionales.

¿Qué semejanza, qué líneas paralelas, qué gemelismo de ideas se descubre, ni aún aplicando el microscopio Letamendi, entre Aquiles y Robaparte, Patroclo y Fuertelame, Héctor y Carinflado, *et sic de ceteris*?

Y esto mismo lo vemos corroborado en *La Gatomaquia*. A nadie se le ocurrió pensar que Lope de Vega tratara de ridiculizar ningún personaje de sus comedias, no obstante el disgusto que el alférez consabido le diera en la representación de *El asalto de Maestricht*, creyendo que se ofendía á un su hermano.

Lo único que creyó cauto Lope, porque eran muchos sus émulos y asaz transparentes las alusiones, teniendo en cuenta su clase y su posición, fué crear un sujeto idóneo y de toda confianza en el licenciado Tomé de Burguillos para que acallase todas las habladurías, parase todos los golpes y desvaneciese las susceptibilidades más quijotescas; y tan hábil y sigilosamente se condujo el licenciado, que por mucho tiempo, y has a nuestros días, no se ha logrado correr del todo el velo del anónimo.

Por lo demás, Lope de Vega en *La Gatomaquia* satisfizo todas las condiciones que preceptúan estos poemas, y copió su plan y sus bocetos de la sociedad en que vivía, esclava de su teatro, acomodando éste al gusto, no siempre delicado, del pueblo, como el mismo Lope confesaba.

A ciertas tradiciones no es prudente concederles crédito ilimitado. La tradición helénica que se invoca, hasta ahora no se había descubierto, que separamos, en nuestro país, ó por lo ménos admitido, y si señala á Pigres como autor de *La Batracomiomaquia* será porque en Grecia ha acontecido lo que acontece en todos los pueblos civilizados del globo donde jamás han faltado escritores y artistas que de buena ó mala fe, con estas ó las otras miras, rindiendo culto á intereses más ó ménos puros, se han separado del general sentir y renegado de las doctrinas santas para levantarse sobre el nivel de las inteligencias obtusas, establecer iglesia y ritos á su modo y oficiar de pontifical, sin que autoridad superior lo estorbese.

¿Quién podría ser ese Pigres y qué impulso acertaría á moverle *nueve siglos después* de la destrucción de Troya para complacerse en ridiculizar, con número y medida, las portentosas hazañas de sitiados y sitiadores; ni qué regla de sano criterio inducirá á sospechar que un príncipe de la sangre, en aquellos siglos de heroicas empresas bélicas, dejara en abandono sus habituales ejercicios, posponiéndolos á otras ocupaciones que no habrían de reportarle la fama que ambicionan los guerreros y los conquistadores?

Porque el príncipe Pigres no se contenta con enardecer los ánimos de los ratones contra las ranas, sino que para rematar aquella lucha horrenda, y como los primeros llevarán la mejor parte, hace intervenir un poder olímpico, al propio Júpiter, y que envíe una fuerza irresistible de crustáceos que, arremetiendo con el bando ratonil, no parase hasta sembrar el espanto en las filas, atenaceando sus rabos, piés y manos, y dejando mondos y pelados los troncos de sus cuerpos. De este modo los cangrejos ahuyentaron á los ratones y zambulleron á las ranas en su elemento.

Posible es que la tradición helénica acogida por el Sr. Fernandez Guerra se refiera á un Pigres, poeta, que floreció por la misma época; pero de cualquier modo, príncipe ó poeta, ó todo junto, raro es que Herodoto, Josefo y otros historiadores, al narrar el paso de las Termópilas, el combate de Salamina y la batalla de Platea, se apoyen sólo en el testimonio de Cherillo, poeta, que describió la marcha del asombroso ejército reunido á las órdenes del hijo de Darío, la mayor masa armada que registran las guerras del mundo, pues sumaba nada ménos que dos millones y medio de hombres.

Si Pigres hubiese sido capaz de concebir la *Batracomiomaquia*, ¿no hubiera dejado otras muestras de su ingenio, de su númen ó de su valor personal en aquellas memorables campañas, ya como poeta, ya como príncipe?

He aquí una razón más para persuadirnos que ni el mismo Homero soñó, según dejamos indicado, en burlarse de los héroes de la *Iliada*, sino que se refirió, en su admirable sátira, á personas y cosas de su tiempo, y acaso de su trato.

Para triunfar los sitiadores y meterse en Troya fué menester sólo tallar el vientre de un caballo, ó lo que fuese, preñado de griegos; pero para concluir la cruenta guerra de los ratones y las ranas se hizo necesario el llamamiento de un extraño y comun enemigo, el cangrejo, «de lomo parecido á yunque.»

Cuando no puede evocarse sino la autoridad de tradiciones inverosímiles, es menester andar con tiento en afirmar los hechos.

Sin necesidad de recular á los tiempos mitológicos, basta fijarnos en el campo de la literatura pa-

tria para observar con pena la semilla de errores, sofismas y laberíntica confusión que se ha ido propagando por cualesquier sitio que abramos sus páginas.

¿Conviene todos los críticos en quién haya sido el autor cierto del *Buscapié*, á pesar de lo reciente de la fecha, que casi alcanzamos con la mano, relativamente? ¿Fué Avellaneda trasunto de Tomé de Burguillos, y ambos licenciados, con análoga misión diplomática? ¿Dónde se meció la cuna, si la tuvo, de Cervantes? ¿Cuál fué su vida? ¿Se han depurado y legitimado todas sus obras?

Y esto que decimos de Cervantes, ocurre, en mayor ó menor escala con otros ingenios de los siglos anteriores, cuyos poemas, cuyas comedias y composiciones líricas no han recibido todavía el sacramento de la confirmación. *Signo te signo crucis.*

¿Qué más? En nuestros días, hace pocos meses, bajaba al sepulcro el Aquiles de la prensa, como llamaba Albareda en *El Contemporáneo* al modesto sabio, y nunca académico, por aquello de *la solicitud*, trasposición se llama esta figura, Lorenzana, y caientes aún sus restos se le ocurrió á uno de los biógrafos citar los inimitables artículos de fondo, más filosófico-sociales que políticos, publicados en *El Diario Español*, no faltando voz que atribuyera varios de ellos, y tal vez fundamentalmente, á un jóven que por entonces hacía sus primeras armas con brillantez reconocida en el mismo periódico.

Cuando al cabo de media docena de siglos, no más, se conceda la palabra á la crítica y funde sus juicios en la tradición babilónica que vamos á legarla, será divertido asistir á las polémicas que se entablen.

Por dignas de respeto, como lo son de ordinario, las opiniones literarias del Sr. Fernandez Guerra, fruto de sus largos y profundos estudios, en este punto que someramente tocamos no nos es dado plegarnos á su albedrío, mientras no se aleguen pruebas de fuerza mayor.

Entre tanto continuaremos sustentando la *creencia vulgar* de Lope de Vega, Bergler y Marcos, que nos parece más lógica por hallarse más identificada con el verdadero sentido moral del poema.

SINSON.

MUDANZAS

(BALADA)

—¡Cuán feliz soy al mirarte,
pues te contemplo, mi amor,
con la sonrisa en los labios
y la fe en mi corazón.—
Un galán frases tan dulces
á una niña dirigió,
mientras modula á lo léjos
una dulcísima voz:
—En promesas no confíes,
que presto cambia el amor
la sonrisa del placer
por el llanto del dolor.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

OCTUBRE

I

Prolegómenos.

El Invierno asoma ya en lontananza su calva cabeza, siquiera no caiga aún helado el rocío de lágrimas que la Aurora vierte desde que su hijo Memnon fué muerto por Aquiles. Gea se arropa, Urano se nubla, y aquel débil Helios, al que Setiembre redujo á medio haber dejándole una libra de combustible, está á punto de perder su lumbré inmortal, y apenas si le quedan dos onzas de calor. No pierde, sin embargo, los ánimos, y considerándose hijo de Hiperion y Teia, el resplandor y la luz, todo se le vuelve echar roncás al Zodiaco y hacer visitas á Saturno para que éste le anticipe le entrada por Escorpio, sin ver el pobre astro que aunque se disfrace de

mónstruo resulta tan inofensivo como el coco de los muchachos, y que le bastan al hielo sus escarchas para vencerle.

La tiple bucólica y el tenor rústico, la cigarra y el grillo, Eufrosina y Apolo, andan de aquí para allá buscando en vano donde meterse, ahora que no cuentan con un Verano empresario que á cambio de sus cánticos les proporcione cama y comida. No así las prosáicas hormigas, adoradoras de Mercurio, que dando de mano á diversiones artísticas tan sólo se ocuparon de su negocio, y al presente se meten en su casita de tierra, echan el cerrojo á la puerta, ponen la mesa y no salen para nada de la despensa.

Se acabaron los augurios por el vuelo de las aves; ya los pájaros que padecen del pecho se han ido á sus posesiones invernales. Vístense las ovejas sus togas y estolas de lana, y miran con asombro á los árboles que se pelan, como diciendo para sus guedejas las muy frioleras: «¿Si estarán locos estos troncos que se desnudan cuando todo el mundo se abriga?»

¡Pobres árboles! Los hados les son adversos. Antes resistieron las descargas eléctricas de Brontes y Esteropes, y ahora la anemia les devora, el huracán les seca y la lluvia les pudre. El agua baja lamiéndoles el tronco, y ellos mismos lloran su desgracia en miles de gotas que caen por entre las descarnadas ramas; ¡Quién sabe si muchos podrán resistir la mala estación hasta que Flora les orée con sus brisas primaverales! Perdieron aquella pomposa fronda verde con la que tan hermosamente se vestían, y las hojas, que fueron su mejor adorno, abarquilladas y amarillentas danzan en remolinos á impulsos del viento sin decidirse á alejarse. Diríase que entonan un salmo fúnebre lamentado su propia muerte.

En cambio, los ágiles lebreles saltan de gozo al ver las rocas bañadas de escarcha. Les llega su hora sin trabas ni limitaciones; y con efecto, requiriendo arco y flechas, en busca de los enamorados corzos que por esta época y á punto de casarse andan ya en las últimas amonestaciones, parte resuelta y animada la casta Diana, flotante el cabello, la media luna en la cabeza, mal cubiertas sus puras formas por túnica de lana, y á todo el escape de las veloces ciervas que arrastran su carro. Síguenla las ochenta ninfas de su séquito obligado, las bellas Driadas, medio desnudas, lánguidas en su abandono, y entre estas vírgenes *a priori*, Calipso, la doncella seducida, trocada en osa para escarmiento de jóvenes quebradizas, y Acteon, el hábil músico, convertido á la fuerza en ciervo en castigo á su osadía por haberse permitido mirar, sin perder un detalle, á la hermosa Diana saliendo del baño; atrevimiento que le cuesta más tarde la vida, pues los perros de Diana le desconocen y lo destrozan.

¡Ah, sí!... La caza comienza; todo anuncia la venida de Octubre, y he aquí que, después de sacrificar un caballo en honor á Marte, Octubre llega vivo y airoso, con la melena revuelta cuajada de rocío, apenas vestido con obscuras ramas de ciprés, el arco y la jabalina á la espalda, en una mano abundante montón de simientes y en otra flexible y largo sarmiento, como brindando á los hombres á la vez el regalo y el trabajo, simbolizados en el vino y la labranza.

II

Pomona y Octubre.

El Océano amenaza tragarse á Gea, la tierra, y con horrible violencia bate y sacude las encrespadas rocas de la costa que se lo impiden. Urano recoge su horizonte azul y saca su manto plomizo, señal de que la ira le domina. Brontes hiende los aires con sus relámpagos, Esteropes

ensordece con sus truenos, y Eolo, rugiendo furioso, suelta los huracanes que duermen en el palacio de las islas Eolias.

¿Qué pasa en el mar? Las Sirenas, yendo y viniendo, azotan sin descanso el agua con su medio cuerpo de pez, y erguido el otro superior, de mujer hermosa, cantan con más dulzura que nunca, como si quisieran atraer á alguien. Las Harpías, unas veces sumergidas, otras flotando, tan pronto aguzan sus orejas de lobo, tan pronto agitan sus garras de león, ora intentan elevar en el espacio su cuerpo de buitre, ora llaman con dulce voz, procurando hacer visible su femenino rostro. Escila y Caribdis, los dos dragones monstruosos tan temidos, despiertos y ojo avizor abren sus enormes fauces, esperando á que pase algún navío para sorberlo. Doris, á todo nado, se ha ido á los ríos á prevenir no sé qué cosas á las Náyadas, y Nereo, á la cabeza de sus otras hijas, explora la inmensidad acuática, y las Nereidas avanzan en silencio y no llevan consigo las cubas sobre las que recuestan el cuerpo y arrojan blanca espuma en los días serenos en que sus padres, Nereo y Doris, las contemplan. Y á todo esto el viejo Neptuno, con las algas que le coronan en desorden y los corales que le adornan medio rotos, de pié en su carro de concha mira á derecha é izquierda impaciente, y embiste con su tridente las revueltas ondas que le rodean, y las escupe iracundo, y allí donde cae la saliva del dios se ensoberbece el agua, se agiganta su movimiento, y montañas de olas se alejan en todas direcciones empujadas por los vientos. Párase un momento el señor de los mares; despide un Triton; éste se aleja batiendo las aletas á dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas á Anfitrite, la mujer de Neptuno, que de pié sobre su carroza en forma de concha, tirada por delfines, aguarda la noticia; y allá va otra vez errante el carro del dios, guiado por Proteo, que echando chispas por los ojos y rugiendo como un tigre fustiga las ancas de los caballos marinos que guía y los mantiene en constante galope.

¿Qué pasa en el mar? Pues pasa que el libertino Octubre le ha birlado la mujer al auriga de Neptuno, Proteo, escondiendo con tal arte el seductor á la encantadora Pomona, que por más que el burlado marido, con ayuda de los dioses náuticos, revuelve los mares, no consigue encontrar á la enamorada pareja. De aquí la furia del Océano, padre del ofendido.

Se necesitarían los cien ojos de Argos para encontrar á los amantes, y precisamente el vigilante servidor de Juno no ha de tener interés en descubrirlos, puesto que esta su señora los esconde. Ya supo Octubre lo que se hacía. Como la esposa de Júpiter anda de malas con Neptuno desde que el dios improvisó una isla flotante para amparar á Latona, en cuanto aquella ve ocasión de hacerle daño al del tridente, no se anda con menudencias para darse tal gusto. Y he aquí las rivalidades que Octubre aprovecha para colocar á Pomona en lugar seguro.

Gracias á la proteccion de la reina de los dioses lo pasa Pomona bastante bien, y allá en las soledades de una selva vive la esposa de Proteo entregada por completo á su amante, siempre hermosa y fresca, coronada de frutas, y cuidando de la serpiente que está obligada á llevar de continuo en la mano. Octubre desliza su vida en los brazos de su amante, y á la chita callando se desarrolla el idilio de unos amores que acaban como acaban siempre estas cosas: un día tiene Pomona que aflojarse la túnica que se le ha quedado estrecha; otro se ve precisada á alargarla por delante porque le viene corta; más tarde los piés se le aumentan y el coturno no le entra, y al cabo nace la Vendimia, robusta

y sana como su madre. Todo esto sin que Júpiter se entere, porque, á lo que parece, existe en el Olimpo en todo su vigor el derecho de pernada, y el dios rey se pasa de listo en estas materias.

Pronto se entera el Océano de la verdad del caso, é interponiendo su valimiento cerca de Neptuno, consigue de él que engendre un enorme mónstruo, símbolo de la venganza, el Ciclón, que dotado de las mil tremendas trombas del equinoccio recorre los mares buscando naufragos con la esperanza de encontrar á Octubre entre ellos. He aquí por qué es temible este mes para los navegantes.

III

Los esponsales de Baco y de la Vendimia.

La viña está en silencio, y eso que el novio y su comitiva aguardan á la novia desde que Eos, la diosa del alba, echó hacia atrás su ténue velo y abrió con sus dedos de rosa, que dice Anacreonte, las puertas á la mañana, obligando á marcharse á la cama á la trasnochadora y plateada Selene. El padre, que se encargó de sazonar las cepas y de dorar los racimos, vierte á raudales sus rayos queriendo tomar parte en la fiesta, porque es un viejo vicioso. Ceos se muestra sin una nube, tersa y trasparente; Cronos aparece de buen talante, tranquilo y apacible y ni la más ligera ráfaga mueven los tres hermanos inquietos, Céfiro, Boreas y Noto.

Vedle, á horcajadas sobre enorme tonel volcado, desnudas las rechonchas formas, alegre el coloradote y mofletado rostro, los alegres ojos bailándole de puro contento, crespo el cabello mal sujeto por ancho cíngulo de hojas de parra, la mano izquierda en jarra sobre la cadera cubierta de pámpanos y la derecha empuñando fúlgida copa en la que escancia añejo vino que mana del tonel que le sirve de trípode. Al lado tiene el ancho carro tirado por tigres y sobre él lanza ceñida de yedra. Es el añeado mozo Baco, el futuro esposo que empina el codo en tanto que su prometida llega.

Muy próximos, murmurando de los dioses y refriendo intriguillas del Olimpo, conversan amigablemente los dos servidores íntimos de Baco, el viejo y feo Silvano y el jóven y encendido Pan; el primero, bajo de estatura, con una ramita de ciprés en la mano y la tibia colgada del cuello, ostenta la nieve de las montañas en la cabellera; el segundo, más largo, luciendo finos cuernos en la frente rojiza, con patas y barbas de chivo, empuñando la flauta de cañas pegadas con cera, y adorna su cabeza con la caoba de los bosques. Allá retirados, mal conteniendo su impaciencia, diciendo chistes obscenos y reventando en recias carcajadas, capitaneados por Fauno, la bulliciosa falange de cornudos Sátiros, bocazas y ladinos, de rostros angulosos y descomunales y de cuerpos mitad de hombre y mitad de macho cabrío, esperan el momento en que han de conmemorar á su patrono el dios Priapo.

¡Ea! Aquí están; ya cercano se escucha el canto epitalámico que entonan á coro las Bacantes. Los Sátiros al oirlas saltan y brincan como cabras; los músicos Silvano y Pan entonan en sus instrumentos un himno de entusiasmo; Baco bota de júbilo en su cuba, y allá, desembocando por los últimos árboles del bosque, aparece la procesion nupcial esperada.

Octubre es el que la guía, coronado de pámpanos sus cabellos brillantes por el rocío, enteramente desnudo, y agitando, como padre de la novia, la encendida tea del Himeneo. Detrás dos niños sonrosados sin ropa alguna, llevando, á guisa de alhajas de la desposada, sendos racimos de negras uvas, y luégo el áureo carro del

desposorio, y en él, ceñida por los amplios pliegues de su velo color de azafran sobre la blanca túnica, sujeta la cintura por un ceñidor de lana, el cabello partido en seis bandas orladas de flores, calzando coturnos de piel de lobo, la apuesta doncella, la Vendimia, de exuberantes formas casi descubiertas, suaves como el raso y blancas como la leche, al aire los turgentes pechos y encendidos de júbilo el fresco rostro y los negros lascivos ojos. Danzando en torno, desgredadas, revueltas las flotantes cabelleras, prendidas de jazmines y sembradas de abejas; las lúbricas facciones animadas por el deseo, tapándose apenas con pieles de tigres y panteras, las Bacantes salmodian el cántico del banquete y gritan á grandes voces en cuanto ven á Baco: ¡Hijo bueno! ¡Hijo bueno!

Detienen la marcha; júntanse las dos comitivas; Octubre inclina y rinde la roja antorcha en señal de que la boda va á realizarse; bájense ambos novios al suelo; la Vendimia, en ausencia de puerta, unta con sebo de puerco los aros de la cuba de su futuro; Baco la entrega, á guisa de llaves, agua y fuego, un sarmiento, un pámpano y un brote nuevo, y hecho esto, el fogoso mozo toma á la doncella en sus brazos, estréchala la cintura, y dándole un ósculo en la cara, alza la copa y brinda por ella el vino de los amores. El freno está roto; la licencia autorizada, Priapo preside. Los Sátiros entónces corren tras las Bacantes, y éstas huyen á uña de caballo fingiendo no querer que las cojan, y perseguidas y perseguidores dan quiebros y regates sorteando las cepas, y poco á poco van cayendo ellas en poder de ellos, diseminándose por la viña, retozando y triscando entre chaparrones de besos y abrazos, y trasformando la removida tierra en blandos lechos de placer. La orgía comienza; Baco y la Vendimia consuman su amor que Octubre apadrina, y do quiera no se ve otra cosa, repetida hasta el infinito, que la escena de Dafnis y Cloe en las pastorales de Songo, cuando la cortesana enamorada del primero le ha quitado ya la venda de la inocencia.

IV

Hacia el Tártaro.

Todo pasa. Pronto Hebe deja de presidir los días de Octubre, y achacoso y cansado conságrase éste á la vida del campo rindiendo culto á Ceres. Concluyeron las fiestas, y viejo ya el amante de Pomona, empuña la reja, abre la tierra, remueve sus entrañas y esparce las semillas. Va luégo á los lagares, amontona los racimos, pisa la uva y pone varitas á los nuevos brotes. Y la toma con los huertos, y planta las legumbres de invierno; y en los jardines arropa las flores, y en las colmenas deja sólo la cera precisa y la miel indispensable, todo lo cual pone bajo los auspicios de Júpiter, el padre de los dioses.

¡Pobre Octubre! En medio de su trabajo le sorprende un día la visita de Mercurio, que con su caduceo y su par de serpientes arrolladas á él llega de paso al escape de sus alas de piés y manos.—¿Qué te trae por aquí?—le pregunta el macilento mes; y el dios correo le responde, sin pararse más que un instante y echándose la vara al hombro:—Vengo en busca del buen tiempo para llevármelo.

Con efecto, poco despues comienza Octubre á llorar su propia desgracia vertiendo abundantes lluvias; luégo la tenebrosa Atropos corta con sus tijeras el hilo de la vida del mes, y Marte le desata, por último, las rodillas con la misma indiferencia con que se las desató á los cincuenta hijos de Priamo ante los muros de Troya.

A. PEREZ G. NIEVA.